



Revista de Historia Indígena Nº 6  
Departamento de Ciencias Históricas  
Universidad de Chile

## EN BUSCA DEL GRAN MENTIROSO: RELATOS ORALES, DEMARCACIONES TERRITORIALES. EL CAMINO DEL INCA EN EL DESPOBLADO DE ATACAMA<sup>1</sup>

*Cecilia Sanhueza Tohá*  
Magíster © en Etnohistoria  
Universidad de Chile

*Se incursiona, a través del análisis de textos coloniales, en posibles categorizaciones espaciales que habrían operado en los sistemas de demarcación territorial incaica. Para ello, se analizan relatos hispanos referentes al Camino del Inca del despoblado de Atacama, y particularmente la narración "inter textual" de discursos míticos y de procesos de sacralización del espacio, tanto de origen español como indígena. Se intenta, a partir de ello, realizar una propuesta de "relectura" interpretativa, tanto de las fuentes escritas, como de los restos arqueológicos de la región.*

<sup>1</sup> Este artículo es producto de la investigación desarrollada en el Proyecto: "Arqueología del sistema vial de los Inkas en el Alto Loa, II Región", en el cual participé como coinvestigadora.

Este artículo surge a partir de la experiencia de prospección de un tramo del “Camino del Inca” en la región del río Loa, al interior de Antofagasta. El trabajo en terreno, como suele suceder, despertó e introdujo nuevas perspectivas y problemas al diseño inicial de nuestro marco de análisis. Quizás el elemento que nos llamó más la atención fue la presencia de posibles mecanismos de demarcación espacial o territorial asociados al camino. ¿A qué podría responder eso? ¿Se trataba de formas de deslinde de origen colonial o posterior? ¿O estaba dando cuenta de alguna forma de delimitación u organización del espacio ejercida por el estado incaico? A pesar de las diferencias disciplinarias, los problemas que se plantean desde la arqueología y desde la etnohistoria suelen tener muchos más ribetes comunes de lo que se piensa. Este artículo incursiona en esa perspectiva e intenta abordar desde el análisis etnohistórico las posibles categorías espaciales o territoriales que pudieron haber operado en el Tawantinsuyu en su lógica de dominación. Pero además incursiona en un ámbito particularmente sugerente. La relectura de viejos relatos españoles que pudieran de pronto permitirnos decodificar en ellos la sobrevivencia anónima de otros relatos “sometidos”. El carácter y origen de la información recopilada nos llevó a centrar la investigación en el Camino del Inca del “despoblado” de Atacama. Sin embargo, el tratamiento del tema, como se verá, no pretende ser local.

### *“Mojones y deslindes”. El discurso del orden social*

En su relato mítico sobre las “humanidades” que antecedieron a los incas, Guamán Poma distinguía aquella de los “Purun Runa”, a la que atribuía el desarrollo de ciertas tecnologías y prácticas político-sociales altamente valoradas por la cultura andina. Esta “tercera edad”, además de haber incorporado el tejido o la arquitectura en piedra, había instaurado las bases necesarias para el “orden” social y político. Esto radicaba, entre otros aspectos, en su capacidad de “organizar” los territorios, estableciendo jurisdicciones y deslindes:

*Como proseguían de buena sangre y tubieron mandamiento y ley y mojonaron sus pertinencias y tierras y pastos y chacaras cada señor en cada pueblo (...) guardauan las leys y hordenansas puesto por ellos y muría por ello y la ley de sus mojones y terminos por el rey y señor y capitanes que defendían en aquel tiempo<sup>2</sup>.*

La importancia cultural que estas prácticas parecen haber tenido, particularmente en el discurso hegemónico cuzqueño, se expresa en una gran cantidad de relatos y crónicas hispanas y “mestizas” que aluden al proceso de expansión como un proceso de organización y demarcación del territorio. Antes de los incas, señala Murúa

<sup>2</sup> Guamán Poma de Ayala [1614] 1980: 48. Subrayado nuestro aquí y en las próximas citas

en otra versión, las poblaciones vivían en constante conflicto, “guerreando por aumentar y defender sus términos y Chácaras”. Esos tiempos, estaban marcados por el “desorden”

...ni hubo nombre de Cuzco ni otras cosas de policía, pues toda la que después tuvieron nació y procedió de los Ingas que, como gente de gran valor y entendimiento, *lo dispusieron y domesticaron ordenando el modo de vivir y trazando y limitando los términos...*<sup>3</sup>

En varios de estos relatos, sin embargo, parecen “fundirse”, confundirse o superponerse categorías europeas y categorías indígenas según o a partir de las cuales se “construye” un espacio social y políticamente “ordenado”. Por ejemplo, es frecuente en las crónicas describir un proceso “civilizatorio” que acompaña a la expansión y dominio incaico (y que suponemos un discurso de origen cuzqueño), en el cual se introducen elementos correspondientes a semantizaciones espaciales, políticas y sociales aparentemente no autóctonas. La figura o personificación paradigmática del Inca “ordenador” y “civilizador”<sup>4</sup> que organiza el territorio del Tawantinsuyu, lo hace según algunos, “reduciendo” a los indios a “pueblos”, procurando que vivan en “sus pueblos juntos y ordenados”; los “baja” de sus fortalezas a los “llanos”; los “reduce” a “provincias”<sup>5</sup>.

Por cierto, no es posible distinguir siempre los orígenes y estructuras semánticas, simbólicas, ideológicas a que están sometidos estos relatos. Sin embargo, las insistentes referencias de las crónicas relativas a la imposición cuzqueña de un sistema institucionalizado de “demarcación” espacial de los territorios sometidos, e incluso la sugerente documentación (a que nos referiremos más adelante) respecto a la continuidad de sistemas de amojonamiento atribuidos a los incas y que por razones funcionales fueron reconocidas por la administración toledana, permiten suponer que no se trata en su totalidad, de una “proyección” hispana de sus propios sistemas de organización y demarcación.

Son numerosas las descripciones coloniales de los siglos XVI y principios del XVII, que aluden a las prácticas de deslinde y amojonamiento efectuadas por los incas, y que regulaban y organizaban espacios políticos, sociales, productivos y, por supuesto, rituales. Una de las versiones que parecen recoger en forma más completa este “sistema”, desde una lectura española, es la de Martín de Murúa:

En todo procuró el Ynga que hubiese en su reino *la orden y policía* que le pareció convenir, para que fuesen gobernados puntualmente, y en cosa ninguna no

<sup>3</sup> Murúa, [1613] 1987: 47-48.

<sup>4</sup> Para algunos Inca Yupanqui (Betanzos, [1557] 1987); para otros, Topa Inca Yupanqui (Murúa, *op. cit.*), entre otros.

<sup>5</sup> Sarmiento: 132; Cieza 163, 161; Guamán Poma, *op. cit.*, 91.

hubiese falta ni qué notar. Entre otras fue una *la división de las provincias y distritos, repartiendo las jurisdicciones y amojonando las tierras*, de modo que se evitasen diferencias y disensiones entre sus vasallos sobre los términos de cada pueblo. Aunque antiguamente lo usaron estos indios, pero sobre ello tuvieron entre sí guerras, queriendo el que más podía ampliar sus distritos y chácaras, *hasta que Tupa Inga Yupanqui de nuevo amojonó toda la tierra, con gran orden y cuenta, conforme a las corrientes de los ríos, hasta los Andes, y puso límites en las chácaras y en los montes y en todo género de minas, sí de oro como de plata y demás metales, y en las minas de colores con que hacían sus pinturas, hasta las islas de la mar, junto a la costa, dando y repartiendo a cada provincia y a cada pueblo, y a cada ayllu familia, las tierras para chácaras de maíz, papas, ocas y demás comidas suyas, como era el número de gente que tenían, y conforme a la fertilidad o esterilidad de la tierra, señalándoles los límites, y poniendo gravísimas penas a los que lo quebrantasen y entrasen en las tierras y distritos de los otros, a labrar chácaras, casas, pescar ni cortar leña, ni a sacar ningún género de color de las minas para pintar, ni metales ni en las salinas ni en otra parte ajena sin expresa licencia del Ynga. Así tenía cada provincia puestas sus guardas en los mojones, porque en ninguna manera se quebrantasen, y si algún indio por descuido o malicia, entraba en los términos de otro, era luego castigado con grandísimo rigor y según era la cualidad de lo que delinquía, y hasta en los cerros y montes, y ríos había mojones, para el pasto de los ganados, sin que los de unas provincias entrasen a los pastos de otras, y los de una banda del río no podían pescar en la otra*<sup>6</sup>.

La práctica de demarcación y deslinde suele señalarse como una de las estrategias políticas estatales que permitían el establecimiento y perdurabilidad de la llamada "Pax Incaica":

... y a los mojones de cada pueblo los había mandado mojonar, y a los que quebrantaban los mojones los mandaba dar castigos, y assi dizen que ovo grande paz<sup>7</sup>.

En ese contexto, se atribuye al Inca también la organización socio-productiva y política dentro de supuestos territorios "étnicos":

[Guayna Cápac] *dio orden cómo viniesen [viviesen] los uros en las lagunas, dándoles términos y señalándoles límites*, por evitar las diferencias y disensiones que entre ellos ordinariamente había sobre las pescas, mandando que ninguno se entremetiese a pescar en el término del otro<sup>8</sup>.

<sup>6</sup> Murúa, *op. cit.*: 370; ver también: Cieza de León, 1985: 182; Betanzos, *op. cit.*; Guamán Poma, *op. cit.*; Cobo, 1956: 120, 122-123; López de Velasco, [1574] 1901: 300; Sarmiento de Gamboa *op. cit.*; Polo de Ondegardo [1571]; Garcilaso de la Vega [1604]; Santa Cruz Pachacuti [1613].

<sup>7</sup> Santa Cruz Pachacuti, [1613] 1879: 256; ver también Cieza, 1985: 193.

<sup>8</sup> Murúa, *op. cit.*: 110. Ver también Sarmiento de Gamboa, *op. cit.*: 142.

Al menos en algunos casos, estas distribuciones, según la tradición oral indígena, fueron aceptadas e incorporadas por las poblaciones locales. Los habitantes de Xauxa, cuenta Cieza, seguían reconociendo los límites que el Inca había puesto a sus antepasados “para conocimiento de los que lo vían y después dellos naçiesen... con la qual horden se an quedado y quedarán”<sup>9</sup>. En otros, el conflicto generado a partir del amojonamiento incaico resurgió en pleitos judiciales coloniales, en que los indígenas intentaron reestablecer el sistema de amojonamiento de tierras de cultivo que existía “antes” de los incas<sup>10</sup>.

Al sistema de deslinde y distribución local de recursos hídricos, agrícolas, ganaderos, etc., las fuentes coloniales agregan una demarcación político-territorial en las llamadas “provincias”

*...también estauan divididos los thérminos entre una prouincia y otra; y esto es lo que se llamaua y llama el día de hoy Moyas del Inga y Moyas del Sol*<sup>11</sup>.

Guaman Poma describe toda una política estatal de “amojonamiento” y “medición” de tierras, recursos y “provincias”, ejecutada por “funcionarios”, a quienes otorga una jerarquía cuzqueña. Los “Amojonadores deste reino (Mojonador y mededor), *Sayhua checta suyoc*”, delimitaron “toda la cierra y yunga”:

Los dichos amojonadores lo amojonaron por mandado de Topa Ynga Yupanqui cada prouincia destes rreynos y cada pueblo de cada aylo...<sup>12</sup>.

No es nuestra intención desentrañar aquí el concepto de “provincia” a que se refieren regularmente las fuentes, y que requiere de un proceso deconstructivo que incorpore en el análisis tanto una semántica europea de la época, como aquella o aquellas autóctonas<sup>13</sup>. Sin embargo, creemos que el término da cuenta de la vigencia de una o unas formas de organizar los espacios o territorios sometidos o integrados al Tawantinsuyu, al menos desde una perspectiva político-administrativa y productiva<sup>14</sup>.

<sup>9</sup> Cieza, 1985: 71. Ver también Schramm, 1995.

<sup>10</sup> Como es el caso de ciertos valles costeros de la región de Lima. Al llegar el Inca, al parecer “de la mano” de grupos serranos, se reorganizó y redistribuyó, no sin violencia y enfrentamientos, el acceso a estos recursos y su correspondiente delimitación y amojonamiento (Murra, 1975: 81-87).

<sup>11</sup> Polo de Ondegardo, *op. cit.*: 88. Ver también: Murúa, *op. cit.*: 370; Garcilaso, *op. cit.*: 150-151; Blas Valera, en Garcilaso, *op. cit.*: 282; López de Velasco, *op. cit.*: 513.

<sup>12</sup> Guamán Poma, *op. cit.*: 325. En la traducción hispana: “Sayhua”: mojón de tierras, mojón de término; “Checta”: la mitad, o una de dos partes o más. “Chectani”: partir. “Suyu”: relativo a “distrito”, “provincia”, “jurisdicción” (González Holguín, [1608] 1952; Santo Tomás, D. [1560] 1951).

<sup>13</sup> Cisterna, 1999

<sup>14</sup> Aunque no es posible manejarse con términos “desprovistos” de sentido, continuaremos usando la voz “provincia” cada vez que ella aparezca en los textos que trabajamos.

El Estado incaico operaba en base a un sistema de prestación de energía o mano de obra, que a su vez requería de la “apropiación” (aunque expresada en otros términos) del usufructo de recursos de diversa índole, y cuya administración exigía una organización territorial “coherente”. Coherencia entendida desde el punto de vista de una lógica funcional del poder, pero también desde una determinada concepción y organización categorial del “espacio” –en sus diversas acepciones– en cuanto sistema socialmente construido<sup>15</sup>.

A su manera, a ello parece referirse Polo de Ondegardo al señalar que con la incipiente reestructuración territorial hispana (incluso previa a Toledo), formulada sobre una lógica de tributación diferente, se “desordenaba” el sistema previo incaico<sup>16</sup>. Sistema o lógica espacial que, independientemente de sus orígenes anteriores al Tawantinsuyu, se refería no solo a ordenamientos “locales” sino también a estructuraciones espaciales mucho más amplias, que como es sabido, involucraban territorios ecológicamente diferenciados. Guaman Poma se refiere a ello al pedir al Rey, aparentemente dentro de una terminología hispana, que se respetaran estos “términos y mojones” puestos por los incas, para que “tubiesen juridicion los indios de la cierra con los llanos”, lo que permitiría incluso, hacer más operativo el servicio a la Corona<sup>17</sup>.

### *La expansión incaica y la demarcación del espacio*

El proceso de expansión incaico, mitificado, sacralizado y profundamente cargado de “sentido” en las versiones cuzqueñas<sup>18</sup>, es graficado, entre otros aspectos, como un proceso de amojonamiento, una “marcación” progresiva del territorio. Guamán Poma señala que los llamados “capitanes” o “hijos de los Incas”, que representaban las fuerzas de avanzada militar, iban siempre “amojonando” los nuevos “distritos” que incorporaban a su dominio<sup>19</sup>. Así se percibe particularmente en la narración de Sarmiento de Gamboa, en que el amojonamiento va estructurando, señalizando los procesos expansionistas. Pachacuti Inca Yupanqui, mandó expresamente a su “hermano” Cápac Yupanqui que, hacia el Chinchaisuyu, llegara con su gente conquistando hasta una provincia llamada Yanamayo, “y que allí pusiese sus mojones, y que por ninguna cosa pase adelante, sino que, conquistando hasta allí, se volviese al Cuzco...”<sup>20</sup>.

<sup>15</sup> Durston, 1999-2000: 77- 78.

<sup>16</sup> Polo de Ondegardo, *op. cit.*: 76-83.

<sup>17</sup> Guamán Poma, *op. cit.*: 798.

<sup>18</sup> Martínez, 1995b.

<sup>19</sup> *Op. cit.*:125-131.

<sup>20</sup> Sarmiento de Gamboa, *op. cit.*: 107.

En el Collasuyu, luego de sofocar una sublevación de los collas, enviaba desde el pueblo de Lampa a sus dos “hijos”, a “que pasasen adelante conquistando hasta los Chichas y allí pusiesen sus mojones y se volviesen”<sup>21</sup>. En la mítica región del Paititi, en el Antisuyu, Topa Inca Yupanqui mandaba a uno de sus “capitanes” a marcar el territorio:

el cual fue *la vuelta del nacimiento del sol y caminó hasta el río de que agora nuevamente se ha tenido noticia, llamado el Paytite, adonde puso los mojones del Inga Topa*<sup>22</sup>.

La demarcación del espacio, que da cuenta de un proceso de construcción cognitivo y simbólico de la incorporación de nuevos territorios al Tawantinsuyu, parece ser significada o entendida también, según un “acto” previo de diseño de la “arquitectura” del mundo.

### *El “diseño” del Tawantinsuyu o el diseño del mundo*

Según Betanzos, Inca Yupanqui, al reedificar el Cuzco, “trazó la ciudad” e hizo hacer una maqueta “de figuras de barro bien así como él la pensaba hacer y edificar”. Luego, haciendo traer un cordel, “señaló y midió” los “solares e casas que así se habían de hacer”. Una vez construido, convocó a todos los principales y “vecinos” del Cuzco y, con su “pintura de barro” ante sí, les repartió las viviendas. Después de ello, “puso nombres a todos los sitios e solares” de la ciudad<sup>23</sup>.

Diseñar o “pintar”, medir, amojonar, repartir, poner nombres. Secuencia que da cuenta de un proceso simbólico de construcción de un espacio social y que parece reproducirse en éste y otros relatos de la expansión incaica. Las tierras y “provincias” comarcanas al Cuzco, continúa Betanzos, fueron repartidas a sus “caciques y principales” a quienes mandó “que todos fuesen a cierto sitio do las tales tierras estaban pintadas donde como allí fuese dio e repartió las dichas tierras dando a cada uno dellos las tierras que les pareció que le bastaban”. Luego, les señaló “que pusiesen sus linderos e mojones altos de tal manera hechos que nunca se perdiesen...”<sup>24</sup>.

<sup>21</sup> *Op. cit.*: 113.

<sup>22</sup> *Op. cit.*: 130.

<sup>23</sup> Betanzos, *op. cit.*: 77-81. La terminología y procedimientos parecen estar fuertemente “inspiradas” en el modelo fundacional español. Sin embargo, creemos, que una vez más se “fundan” o superponen categorías distintas. Sobre todo en lo relativo al acto de “medir” y las significaciones que pudo tener en una y otra cultura, pero eso será motivo de una futura publicación.

<sup>24</sup> *Op. cit.*: 55-56.

Poco antes de partir a buscar “nuevas tierras y gentes”, Inca Yupanqui sin conocerlas, pintó y dibujó los “puentes” y los “caminos” que posteriormente habría de “aderezar” y construir en ellas<sup>25</sup>. Asimismo, fue instalando “orejones” en las “provincias”, a los que encomendó que amojonaran sus límites y territorios

*...y que si alguna provincia comarcana a ella o pueblo tuviese necesidad de tierra por la demasiada gente que tuviesen que le enviasen en pintura el arte y manera de las tales tierras y provincias para que el las quería igualar porque iguales partes y amojonárselas...*<sup>26</sup>.

Blas Valera parece recurrir a un modelo similar al relato fundacional del Cuzco, al referir el proceso de “apropiación” de nuevos territorios.

Habiendo ganado el Inca la provincia y mandado empadronar los naturales de ella ... procuraba *componer y dar orden en las cosas de aquella región*. Para lo cual mandaba que se asentasen y pusiesen en sus nudos y cuentas las dehesas, los montes altos y bajos, las tierras de labor, las heredades, las minas de los metales, las salinas, fuentes, lagos y ríos... Todas estas cosas –y otras muchas- mandaba que se contasen y midiesen y se asentasen por memoria cada una de por sí: primeramente las de toda la provincia, luego las de cada pueblo y a lo último las de cada vecino.

Además de esto, mandaba que *conforme a la cuenta y medida que se había hecho de la provincia, le pusiesen sus mojoneras y linderos para que estuviese dividida de sus comarcanas*. Y para que en los tiempos venideros no se causase alguna *confusión ponía nombres propios y nuevos a los montes y collados, campos, prados y fuentes y a los demás lugares, cada uno de por sí*. Y si de antes tenía nombres se los confirmaba, *añadiéndoles alguna cosa nueva que significase la distinción de las otras regiones*. Lo cual es muy mucho de notar, para que adelante veamos de donde nació la veneración y respeto que aún hoy día tienen los indios a aquellos semejantes lugares...<sup>27</sup>

Se trata de un espacio que, al menos en el discurso incaico se encuentra diseñado, ordenado, medido, deslindado y repartido. De una topografía resemantizada, de una nueva toponimia, que da cuenta de la presencia distintiva del poder cuzqueño. Así también, la construcción y organización de los “caminos” del Tawantinsuyu se enmarca en este modelo discursivo:

Lo cual hecho, al cabo de dos años que tardaron en sus visitas, *vinieron al cuzco los visitadores, y trayendo en unas mantas descriptas las provincias que habían visitado*, dieron razón al inga de lo que habían hecho y de lo que hallaron. Y tras esto luego despachó el inca otros orejones proveedores, para que hiciesen caminos y

<sup>25</sup> *Op. cit.*: 88-90.

<sup>26</sup> *Op. cit.*: 115-116.

<sup>27</sup> En Garcilaso, *op. cit.*: 282.

hostelajes y casas principales por los caminos para el Inga, cuando caminase y para la gente de guerra. Y así se partieron los proveedores y hicieron caminos, que agora llaman del inga, por la sierra y por los llanos del mar del sur<sup>28</sup>.

### Los caminos. Aproximaciones categoriales

Como se ha planteado desde la perspectiva arqueológica, el “Camino del Inca”, su trazado y su infraestructura asociada, son una de las manifestaciones materiales de las lógicas políticas, militares, económicas, sociales y culturales desplegadas por el estado cuzqueño. En ese sentido, el sistema vial incaico refleja una determinada categorización del espacio y la sociedad, “un medio de concebir y expresar su concepto de una geografía cultural”<sup>29</sup>. Desde una “lectura” etnohistórica este diseño conceptual se manifiesta también en sus propios relatos sobre la ubicación y orientación de los caminos.

Los “cuatro caminos” que nacen del Cuzco, nos remiten a una cuatripartición del “mundo” y, en ese contexto, los “caminos del Inca” en cuanto “trazado” simbólico, constituyen los ejes en torno a los cuales se ordenan y se organizan espacial o territorialmente las “provincias”, territorios y poblaciones que conforman el Tawantinsuyu. Como señala Cieza:

Y la horden que los orejones del Cuzco y los más señores naturales de la tierra dizen que se tenía en el tributar era esta: que desde la çibdad del Cuzco el que reynava enbiava algunos de los prencipales criados de su casa a visitar por el uno de los quatro reales caminos que salen de aquella çibdad, que ya tengo escrito llamarse Chinchasuyo el uno, en el cual entran las provinçias que hay hasta Quito, con todos los llanos de Quito para abaxo hazia el norte; y el segundo se llama Condesuyo, ques donde se yncluyen las regiones y provinçias questán hazia la mar del Sur y muchas de la serranía; al terçero llaman Collasuyo, ques por donde contaron todas las provinçias que hay hazia la parte del sur hasta Chile; el último camino llaman Andesuyo, por éste van todas las tierras que están en las montañas de los Andes, que se entiende en las faldas y vertientes dellas<sup>30</sup>.

De manera que, concluye, “como en España los antiguos hacían división de toda ella por las provincias, así estos indios, para contar las que había en tierra tan grande, lo entendían por sus caminos”<sup>31</sup>.

<sup>28</sup> Sarmiento de Gamboa, *op. cit.*:121. Ver también Cieza, *op. cit.*: 41-42.

<sup>29</sup> Hyslop, 1992: 19.

<sup>30</sup> Cieza, 1985: 49-50.

<sup>31</sup> Cieza, 1973: 214; ver también Hyslop, *op. cit.*: 257.

Al relato de los “cuatro caminos” se agrega otro sobre “los dos grandes caminos del Inca”: el de la “Sierra” y el de los “Llanos”. En las referencias de las crónicas sobre el diseño, disposición y orientación espacial de las principales rutas incaicas, destacan aquellas versiones sobre dos grandes caminos que recorrían longitudinalmente el territorio del Tawantinsuyu, y respecto a los cuales algunas señalan una jerarquía superior del de la “sierra” sobre el de los “Llanos” o “Costa”<sup>32</sup>. Sin embargo, arqueológicamente, la situación parece bastante más compleja, adquiriendo más bien el carácter de una “red” de caminos de variada importancia, funcionalidad y jerarquía<sup>33</sup>. Por otra parte, en el caso del norte chileno, la investigación arqueológica ha ido comprobando que el llamado “camino de la Costa” o de los “Llanos”, no solo no parece haber sido un camino “litoral”, sino que una parte importante de sus tramos reconocidos, por ejemplo en el “Despoblado de Atacama”, cubría territorios ubicados prácticamente en los bordes de la cordillera andina y a bastante altura<sup>34</sup>. A pesar de ello, los testimonios de los españoles que lo recorrieron en el siglo XVI suelen referirse a ese trayecto que unía desde Arequipa a Chile como un camino “costero” o de “los llanos”<sup>35</sup>. Esto, que parece un contrasentido o un “error”, pudo responder a una conceptualización territorial y espacial previa, posiblemente de origen cuzqueño o altioplánico<sup>36</sup>.

### *Las rutas del siglo XVI. El “Camino del despoblado”*

Durante el siglo XVI, la estructura del sistema vial incaico, en especial el “camino de la Sierra” del Collasuyu, constituyó un importante referente y un medio indispensable para el desplazamiento, acceso e incorporación de nuevos territorios y poblaciones al emergente aparato administrativo hispano. Por su parte, el “camino real” que pasaba por las cercanías de San Pedro de Atacama y que se introducía por “el despoblado”, adquirió un relativo protagonismo, sobre todo en las primeras expediciones hacia o desde Copiapó y Chile<sup>37</sup>. De allí que abunden en la documentación burocrática y en las crónicas de la época breves reseñas de esas incursiones españolas en ésta y sus regiones vecinas durante el proceso de expansión y “conquista” hacia el sur<sup>38</sup>. Se trata de elaboraciones “genéricas” que suelen integrar a todas estas regiones bajo categorías comunes, y que adquieren en ciertos casos (particularmente en el

<sup>32</sup> López de Velasco, *op. cit.*: 300; Maurtua, 1907, Tomo I: 15-16; Herrera, 1901: 465.

<sup>33</sup> Hyslop, 1992.

<sup>34</sup> Nuñez, 1981; Niemeyer y Rivera, 1983.

<sup>35</sup> Lizárraga, 1909 [1607]: 524-525; Medina, 1895, T. VII: 192, 273.

<sup>36</sup> Sanhueza, 2002 Ms.

<sup>37</sup> Ver Documentación del Archivo General de Indias publicada en *Estudios Atacameños* N°10, 1992.

<sup>38</sup> Medina, 1888-1902, Vols. VI, X, XII, XIV.

del despoblado de Atacama), connotaciones “epopéyicas” o “míticas”, que nos aproximan a toda una construcción categorial hispana sobre estos espacios y territorios<sup>39</sup>.

Y, sin embargo, parecen también “introducirse” en los relatos españoles, otros que podrían tener un origen muy distinto.

### *El camino al infierno*

Con la orden e proveimiento que dicho intentaron el despoblado e infernal camino de Atacama, en cuyo discurso hallaron tantas diversidades de agua y calidades de tierra que si los trabajos pasados no los tuvieran convertidos e habituados a diversas fatigas y fueran estos españoles gente nuevamente llegada de Castilla, dificultoso fuera no se corromper o inficionar con muertes o diversas enfermedades<sup>40</sup>.

La ruta que van siguiendo las escasas aguadas o manantiales naturales, o los pozos cavados para hacerlos brotar, va señalando en el relato hispano un itinerario particularmente “hostil”. Una ruta ferozmente desértica, salpicada de jagueyes “de agua gruesa”, o de “jagueyes salados”, o “cenagosos”, “hediondos”, “viscosos e sucios”. Un castigo, una condena de la “Providencia divina” según el cronista Oviedo, tanto para los “pecadores” españoles como para “tan bárbara e dañada e idólatra generación e infiel gente” que habitaba aquellas tierras por descubrir<sup>41</sup>.

Frecuentemente nos encontramos con narraciones de este tipo sobre esta travesía y sobre los grandes desafíos que presentó el despoblado y sus territorios vecinos a la “conquista de Chile”, objetivo final del avance español. La expedición de Almagro, que sufrió sus experiencias más despiadadas al atravesar la cordillera hacia Copiapó, y posteriormente al regresar por el “despoblado”, y luego, la de Valdivia que, desde Atacama, había cruzado el desierto hacia Chile, dieron origen desde las primeras crónicas a un “modelo descriptivo” de estas regiones que destaca ciertos episodios, situaciones, lugares o “gentes” como elementos paradigmáticos del entorno.

Vamos a detenernos en un aspecto, entre los muchos que componen las “relaciones” sobre estas tierras, incluso tan genéricamente contruidos que muchas veces no es posible “situarlos” en un territorio o lugar en particular, y que sin embargo,

<sup>39</sup> Ver Martínez, 1992.

<sup>40</sup> Oviedo, [1550] 1901: 246.

<sup>41</sup> *Op. cit.*: 247.

aunque constituyen un referente aparentemente secundario o accidental, son indispensables en el contexto descriptivo de estos "paisajes". Refiriéndose a las hazañas del Adelantado, los cronistas López de Gómara y Agustín de Zárate, señalan:

De los Charcas al Chile pasó Almagro mucho trabajo, hambre y frío, ca (sic) peleó con grandes hombres de cuerpo y diestros flecheros. Heláronse muchos hombres y caballos, pasando una grandes sierras nevadas, donde también perdió su fardaje. *Halló ríos que corren de día y no de noche, a causa que las nieves se derriten con el sol y se hielan con la luna...*<sup>42</sup>.

También hay por aquella costa *muchos ríos que corren de día y de noche no traen agua*, lo cual causa grande admiración a los que no entienden que aquello procede de que se derrite de día la nieve de las sierras con el calor del sol, y entonces corre el agua, la cual de noche, con la frialdad se reprime y no corre<sup>43</sup>.

Estos dos fragmentos, que se insertan en narraciones generales sobre los procesos de "descubrimiento y conquista", mencionan ciertos "ríos" de características peculiares, y que a primera vista solo tienen relevancia en cuanto señalan uno entre tantos elementos que identifican estos territorios. Sin embargo, y volviendo esta vez específicamente al "despoblado de Atacama", encontramos que entre las numerosas y generalmente escuetas descripciones de su ruta, surgen algunas versiones que particularizan ciertas "aguadas" o "ríos" como hitos característicos del camino. La primera versión algo más pormenorizada que conocemos, es la de Gerónimo de Bibar, quien señala y describe detalladamente varios de estos puntos y, en especial, algunos que serán una referencia recurrente en crónicas posteriores.

### *La ruta del despoblado de Atacama*

Según Bibar, Pedro de Valdivia, había iniciado su travesía por el despoblado desde Atacama, en cuya ruta había debido aderezar algunos "malos pasos", cavar en "jagueyes y pozuelos", y detenerse a descansar en manantiales de aguas "salobres" donde crecía algo de pasto. Así, luego de varias jornadas de camino:

Allegaron a un río chico que corre poca agua, tanta que de un salto se pasara. Comienza correr a las nueve de la mañana cuando el sol calienta la nieve que está en una rehoya. Corre con grande furia y hace mucho ruido a causa del sitio por donde corre. Dura el correr de este río hasta hora de nona. Cuando el sol

<sup>42</sup> López de Gómara [1552], 1901: 291.

<sup>43</sup> Zárate, [1555] 1901: 258.

baja hace sombra una alta sierra a la nieve que está en una rehoja dicha, y como le falta el calor del sol, no se derrite la nieve, a cuya causa deja de correr. *Sécase este río de tal manera y suerte que dicen los indios, que mal lo entienden, que se vuelve el agua arriba a la contra de cómo ha corrido. Por tanto le llaman los indios Anchallulla, que quiere decir gran mentiroso*<sup>44</sup>.

Continuando su travesía, el ejército de Valdivia llegaba a otro río, también de características excepcionales:

Caminando por sus jornadas allegaron más adelante a otro río pequeño, aunque las bajadas tiene agrias y el valle de media legua de ancho... Es el agua clarísima, procede de las nieves. Corre por tierra de grandes metales y veneros de plata y cobre, *lo cual yo vi*. Es tierra muy estéril, sequísimas y salada. *Es cosa admirable que en tanto que esta agua corre, es clara como he dicho, y tomada en vaso de plata o de barro sacándola de su corriente, se cuaja y se hace tan blanca como el papel, luego en aquel momento que la sacan.*

Y viendo los españoles que el agua que les traían para beber se les cuajaba en el jarro de la mano a la boca, recibían pena por la falta que había traído y que las jornadas pasadas y en las que esperaban caminar. Las piezas de servicio [los indígenas] recibieron desmayo y desconsuelo en ver lo mismo, y de enojados de aquél río y de aquella agua *lo llamaron Suncaemayo, quiere decir río burlador*<sup>45</sup>.

El último hito descrito por Bibar antes de Copiapó, era un valle “que dicen el Chañar” donde crecía yerba, algarrobos y chañares:

Al fin de este despoblado, diez y ocho leguas por andar de él, *estaba un valle chico con poca agua clara y dulce que Dios fue servido de darla allí. Parece cosa milagrosa, porque no tiene sitio para manar ni venir de parte alguna (...)* Aquí reposamos dos días y pareciónos que estábamos ribera del Guadalquivir (...) De este valle que dicen el Chañar hasta el valle de Copiapó hay dieciocho leguas, buen camino llano y sin ciénagas ni agua...<sup>46</sup>

Un río que corre solo de día y luego se seca, otro cuya agua se cuaja en sal “de la mano a la boca”, un valle que parece “milagroso” porque su agua clara y dulce parece no venir “de parte alguna”... Hitos del camino que van configurando un espacio donde lo extraordinario es, sin embargo, verosímil<sup>47</sup>.

<sup>44</sup> Bibar [1558] 1988: 68.

<sup>45</sup> *Op. cit.*: 68-69. El texto de Bibar sobre este río es más extenso, pero por razones de espacio no lo reproducimos completo.

<sup>46</sup> *Op. cit.*: 71-72. En este vallecito, agrega Bibar “tenían poblados los ingas”, y los que estaban aquí registraban el tributo de oro y turquesas y otras cosas “que traían de estas provincias de Chile, y vivían aquí sólo para este efecto”.

<sup>47</sup> Ver análisis de Martínez respecto a esta categoría en el contexto del discurso español del siglo XVI (1992: 141).

Otros relatos, contemporáneos y posteriores sobre esta ruta marcan también un itinerario jalonado por acontecimientos o situaciones excepcionales y por ciertas aguadas o ríos que adquieren ribetes a veces milagrosos. Particularmente el de Mariño de Lobera nos sumerge en un espacio y una atmósfera de estas características:

Son tan ásperos y fríos los vientos de los mas lugares deste despoblado, que acontece arrimarse el caminante a una peña y quedarse helado y yerto en pié por muchos años, que parece estar vivo, y así se saca de aquí carne momia en abundancia. De estos cuerpos iban topando en mucho número a cada paso arrimados a riscos y barrancas, tanto que sirven de señales del camino, para no poder perderse, *estando todos tan frescos que parecen recién muertos siendo de más de trescientos años, según la relación que dan los indios*, de entre los cuales salieron los que así se helaron en el camino.

Las pocas aguas que fuera de la lluvia hai en estos desiertos, son tan inútiles que o están en Jahueyes a 12 i 13 leguas, o en algunos pocos manantiales donde corren clarísimas acequias de agua que convidan tanto con su transparencia, que se abalanzan a ella los que llegan sedientos, conociendo por esperiencia cuanta verdad sea que el deleite tiene la apariencia amena, dejando al gusto amargo más que acibar. *Ni es menos inútil el agua de un hermoso rio deste despoblado, que siendo tan grata al aspecto como la pasada, apenas se ha tomado en la mano, cuando está vuelta en sal cuajada*; de la cual solo son sus riberas sin otra cosa.

Solo un rio hai para consuelo de los pasajeros de tal condicion, que a ciertas horas del dia viene de monte a monte; y cuando se le antoja se seca de repente al mejor tiempo; por lo cual le llaman los indios *ancha llulla*, que quiere decir *rio mentiroso*. Algunos dicen que este rio se orijina de un grande lago que está en lo más alto de la cordillera, *el cual crece y mengua, como la mar a las mismas horas que ella*, y así redundan en el arroyo las variedades de su principio<sup>48</sup>.

Un río que se “cuaja en sal”, un río “mentiroso” pero que esta vez parece crecer según los movimientos de la luna... Y luego, un manantial que brota milagrosamente:

No dejaré de decir, como estando el ejército en cierto paraje a punto de perecer por falta de agua, congojándose una señora que iba con el jeneral llamada doña Ines Juarez, natural de Placencia y casada en Málaga, mujer de mucha cristiandad y edificación de nuestros soldados, mandó a un indio cabar la tierra en el asiento donde ella estaba, y habiendo ahondado cosa de una vara, *salió al punto agua tan en abundancia, que todo el ejército se satisfizo, dando gracias a Dios por tal misericordia*. Y no paró en esto su magnificencia porque *hasta hoy conserva el manantial para toda jente la cual testifica ser el agua de la mejor que han bebido la del Jaguey de doña Inés, que así se le quedó por nombre*<sup>49</sup>.

<sup>48</sup> Mariño de Lobera [1595] 1867: 38-39.

<sup>49</sup> *Op. cit.*: 39. Es especialmente interesante este relato, ya que no solo da cuenta del origen milagroso de un riachuelo que corre hasta hoy por la región, sino también, porque adjudica un papel

Nos encontramos, en las primeras relaciones sobre la ruta del despoblado, con la expresión de un proceso de semantización e incluso de sacralización de ese espacio, que va manifestando, en estos y en los relatos posteriores, la creación y reproducción de toda una tradición oral construida desde una percepción española. Si intentamos “ubicar” e “identificar” aquellos lugares, valles, ríos o hitos de los que se nos habla, descubrimos que todos ellos, salvo uno, figuran en nuestros mapas y toponimia actual. Aunque parece haber varios riachuelos o aguadas extremadamente salados, destaca el tempranamente llamado por los españoles “Río de la Sal”, cuyo nombre mantiene hasta hoy, afluente cordillerano del río Salado de Chañaral<sup>50</sup>. Las quebradas de “Doña Inés” y “Doña Inés Chica” se ubican al norte del Río de la Sal, y al sur del mismo, el valle u oasis de “El Chañar”, hoy llamado “Finca de Chañaral”, que responde a la detallada descripción de Bibar. Todos estos lugares constituyen hitos del transecto meridional del “Camino del Inca” que unía Atacama con Copiapó a través del despoblado<sup>51</sup>. ¿Pero dónde está el río Anchallullac o el “Gran Mentiroso”?

### El “Gran Mentiroso”

A los relatos y descripciones de Bibar y de Lobera se suman otros, algo posteriores, que sin embargo señalan a este río como uno de los hitos más característicos de la ruta del despoblado. Según Reginaldo de Lizárraga (1607):

...camínanse estas 120 leguas de Atacama a Copiapó en 20 días, dos más o menos, si las nieves no lo impiden, porque en algunas partes se mete el camino hacia la cordillera, donde por junio, julio y agosto suele nevar ... Este camino pocas veces se anda, porque si no es algun desesperado o fugitivo homiciano no se pone a tanto trabajo. Caminando por aquí se llega a un río que en la lengua de los indios se llama Anchallullac, que quiere decir río gran mentiroso, porque verémosle correr particularmente a la tarde y parte de la noche, y si luego no se toma el agua

---

protagónico en el evento a un arquetipo particularmente “contradictorio” en nuestra memoria epopéyica nacional. Inés de Suarez, la amante, la mujer ilegítima, se constituye no solo en heroína, sino en la intermediaria del acto divino. Sin duda, el espacio simbólico en el cual se le otorga esta condición es el adecuado para un acontecimiento de esta naturaleza.

<sup>50</sup> Herrera, en una descripción muy similar a la de Bibar, lo llama “río de la Sal” y lo ubica geográficamente en 23<sup>o</sup> y tres cuartos, y a una distancia de 22 leguas de “la primera provincia de Chile...” ([1601–1615] 1901: 330). Philippi, en el siglo XIX, lo describe como un riachuelo transparente y cristalino, de 2 pies de ancho, cuyas aguas, compuestas de una disolución saturada de sal común, depositan en ambas orillas costras de sal, que dibujan diversas figuras blancas como la nieve (1860: 86).

<sup>51</sup> Philippi, *op. cit.*; Iribarren y Bergholz, 1971.

*necesaria y da de beber a los caballos, dende a poco rato no hay gota de agua, y no es rio pequeño.*

La causa es que con el calor del sol se derriten las nieves de la cordillera nevada, y corre el agua a la tarde y parte de la noche, y cuando resfría a la noche cesa la corriente; por lo cual los que piensan a la mañana hallar agua, hállanse burlados y la madre del rio seca.

Luego señala escuetamente: "Hay otro río que como viene corriendo el agua se va cuajando en sal"<sup>52</sup>.

Décadas más tarde, el cronista Vásquez de Espinoza (1628) hace nuevamente mención a este lugar como paso obligado del camino, después de la localidad de "El Pajonal", primer hito del despoblado. Describe al "Gran Mentiroso" como un "valle", agregando nuevos y curiosos detalles:

A 6 leguas del pajonal está un vallesito pequeño muy verde, lleno de grama el qual conuida con su frescor y buena vista a los que calurosos an caminado y pasado seis leguas de arenales inhabitables, a que se queden a descansar en el, por ser dormida forçosa, para poder Caminar despues lo restante de los arenales, los quales estan lastrados de sal, como en la tierra de Arica y aunque mas, como ay en otros llanos secos de la Costa del Piru.

*Este valle se llama Hatunllulla, que quiere decir gran mentiroso, porque suele hacer muchas burlas a los Chapetones, o visoños, que pasan por alli, por no saber la tierra, sino es que lleuan algun indio de guia, u otra persona que sepa lo que pasa, y los tales duermen, despues de auer comido, y descansado las mulas en la grama obra de 4 oras las sacan fuera a una varranca alta donde las atan, hasta que ayan de caminar; porque no les suceda alguna desgracia, como a sucedido a muchos, que no an lleuado guia, quedandose a dormir en la frescura del valle, y las mulas maneadas, que unos, y otros se an ahogado.*

El caso es que 6 leguas de aquel parage al oriente ay unas altas sierras neuados, que están en 26. grados australes, las quales con la gran fuerça, y calor del sol, se derriten, y vienen corriendo las aguas de la nieue con grande auenida, y furia en grande abundancia, y como despues que refresca la tarde, y corre viento, viene sola el agua que se a deretido, llega despues de media noche una grande auenida, que dura de dos a tres oras, la qual se lleua quanto halla por delante, esta es cierta, y ordinaria todas las madrugadas, y dura por el tiempo referido, y como a los que no saben la tierra les a sucedido desgracias, le an puesto a este valle por nombre *Hatunllulla*, que quiere decir gran mentiroso, y engañosor.

Continuando la ruta hacia Copiapó, solo señala el "Algarrobal", respecto al cual no hace ninguna mención particular<sup>53</sup>.

<sup>52</sup> Lizárraga, *op. cit.*: 524-525.

<sup>53</sup> Vásquez de Espinosa [1628] 1948: 620.

Es necesario detenerse un poco en estas y las anteriores “versiones” sobre el Gran Mentiroso. Por una parte, tienen varios elementos comunes. Desde el punto de vista de la estructura del relato, todas ellas pretenden ser prolijas, describiendo la magnitud del río y detallando las horas o los momentos del día o la noche en que éste “crece” o “aparece”. Todas ofrecen, además, una explicación del fenómeno, que lo hace “verosímil”. Se refieren a un río en particular, ubicado en un lugar determinado y cuya “crecida” es señalada como un suceso regular, no como un acontecimiento eventual o estacional. Todas ubican este hito dentro de una “secuencia” de aguadas o ríos, situándolo siempre en pleno despoblado.

Y sin embargo, estas versiones son notablemente diferentes. El río comienza a correr “a las nueve de la mañana”; o “en la tarde y parte de la noche”. Dura “de dos a tres horas”, o “cuando se le antoja se seca de repente”. Si para Bibar es un “río chico, que corre poca agua” y se cruza “de un salto”; según Lobera “viene de monte a monte”; Lizárraga señala que “no es río pequeño”, y según Vásquez de Espinoza “corre con grande avenida y furia”, tanto así que los desprevenidos pueden morir ahogados. Pareciera que a través del tiempo, el río Mentiroso fuera aumentando considerablemente su tamaño...

Las explicaciones sobre su origen, aunque algo más coincidentes, son también diversas. Para algunos tiene que ver con el movimiento del sol, para otros, con el de la luna.

Por último, un elemento sugerente: su nombre, incluso con el paso del tiempo, nunca es “castellanizado”, como ocurre con todas las otras aguadas.

### *Lo “visto” y lo “oído”*

Se hace indispensable un breve análisis textual de las fuentes utilizadas. Como es sabido, Bibar no viajó a Chile con el ejército de Valdivia, sino que llegó a este reino en 1548. Sin embargo, su descripción pormenorizada de las regiones y habitantes del norte chileno y del camino del despoblado, permiten suponer que efectivamente realizó este viaje por tierra<sup>54</sup>. Como los cronistas de su época, Bibar sostiene, que tanto lo “visto” por sí mismo, como lo “oído” de “personas de crédito” y “por relación cierta” componen su relato y constituyen pruebas confiables de su “veracidad”<sup>55</sup>. Incluso parece haber ciertas señales de ello en la forma como está construida su narración. Cuando describe la travesía y acontecimientos vividos por Valdivia y su gente, siempre lo hace en tercera persona. Sin embargo, parecen introducirse en el

<sup>54</sup> Orellana, 1996.

<sup>55</sup> Martínez, 1995: 36.

texto sus propias experiencias en el recorrido por el despoblado, especialmente cuando describe lugares o accidentes geográficos<sup>56</sup>. En estos casos habla en primera persona. Ello, para el narrador de su época, no parece ser un contrasentido, como tampoco el hecho de no mencionar su fuente de información incorporando o “superponiendo un texto sobre otro”<sup>57</sup>. Bibar suele señalar explícitamente cuando está refiriendo algo que vio por sus propios ojos o que experimentó personalmente. Así sucede con su descripción del “Río de la Sal” y la del valle del “chañar”<sup>58</sup>. Sin embargo, el río “Anchallullac” no es descrito en estos términos. Solo deja caer, en el texto citado, estas expresiones: “dicen los indios, que mal lo entienden...”, y “por tanto le llaman los indios Anchallulla...”

Respecto a Mariño de Lobera, no sabemos si recorrió esta zona. Pero su versión bastante breve, en la que no alude a su condición de testigo, pone en duda su paso por allí. Su exposición “desordenada” en cuanto a los hitos que describe, denota su intención de no reproducir un itinerario, sino más bien de destacar ciertos hechos “sobrenaturales” producidos por la intervención divina. Recurso, por lo demás, que aparece constantemente en su obra<sup>59</sup>. Y sin embargo, al mencionar el estado de conservación de aquellos que habían muerto en el camino del despoblado, dice hacerlo “según la relación que dan los indios...”<sup>60</sup>.

Lizárraga tampoco parece haber recorrido el despoblado. De su lectura se desprende que no conoció Copiapó, por lo que sus referencias parecen provenir de terceros<sup>61</sup>. Por último, Vásquez de Espinoza, que nos ofrece la versión más pormenorizada del “Gran Mentiroso”, jamás estuvo allí.

Aparentemente, ninguno de nuestros narradores vio este río. El único de ellos que sabemos que recorrió el despoblado, nos presenta dudas. Independientemente de ello, el texto de Bibar pudo haber sido la “fuente de inspiración” de los escritos

<sup>56</sup> Orellana, *op. cit.*

<sup>57</sup> Procedimiento regular y común de registro de acontecimientos que da cuenta de la predominancia en el siglo XVI, de una cultura eminentemente oral (Martínez, 1995).

<sup>58</sup> Respecto al primero, dice: “... allegaron más adelante [Valdivia y su gente] a otro río pequeño...[que] corre por tierras de grandes metales y veneros de plata y cobre, *lo cual yo vi*”. Agregando un poco más abajo, en un párrafo que no hemos citado, “Cuando *llegamos* a éste río...y *vimos* aquel río correr”. Respecto al “Chañar”, también hace hincapié en que estuvo allí: “Aquí *reposamos* dos días y pareciónos que estábamos ribera del Guadalquivir” (*Op. cit.*: 68-69; 71).

<sup>59</sup> Orellana, *op. cit.*; La crónica de Lobera, como es sabido, fue “retocada” por el jesuita Bartolomé de Escobar, el que a su vez parece haber hecho varios cambios al texto original, lo que frustra cualquier intento de análisis desde la perspectiva que nos interesa.

<sup>60</sup> Lobera, *op. cit.*, 38.

<sup>61</sup> Este fraile caminó parte importante de la ruta incaica del “Collasuyu” por la Sierra, lo que describe con gran meticulosidad. A Chile entró, la primera vez, por el camino de Mendoza y la segunda por mar. Parece haber estado en las costas de Atacama en alguno de esos viajes de ida o regreso. Lizárraga, *op. cit.*

posteriores, pero de ser así, ¿por qué son todos distintos, a diferencia, por ejemplo, del “Río de la Sal” que es siempre descrito de la misma manera? ¿Fue una experiencia particular vivida por el cronista Bibar, que al plasmarla en un texto, la constituyó en “realidad” permanente? Eso es posible. Sin embargo, las versiones de López de Gómara y de Zárate, que mencionábamos más arriba y que parecen integrar en un “enunciado” común todas estas regiones remotas –y entre cuyas particularidades están los ríos que “corren sólo de día”– fueron escritas *antes* que la crónica de Bibar. Esta es, al parecer, una “realidad” instalada en los relatos españoles con anterioridad al texto de Gerónimo de Bibar.

### *En busca del Gran Mentiroso*

La posibilidad de manantiales o fuentes de agua que crecieran o decrecieran a determinadas horas del día o en el período de la estación lluviosa pudo o puede ser una característica de esta región<sup>62</sup>. Si correspondió a un fenómeno hídrico regular, como lo señalan las fuentes del siglo XVI, pudo tratarse de una vertiente que ya no existe o de una eventual crecida que quedó registrada en la memoria de los narradores o de sus informantes, quienes le otorgaron el carácter de permanente. Pero ninguna de las descripciones de aquellos que efectivamente cruzaron el despoblado con Almagro, Valdivia u otras expediciones, menciona un evento de este tipo<sup>63</sup>. Las expediciones del siglo XIX por esta región, tampoco refieren nada parecido<sup>64</sup>. Incluso, la prospección arqueológica por el “Camino del Inca”, efectuada en 1981, y que tenía las referencias del relato de Bibar, no se encontró con el “mentado” río<sup>65</sup>.

Se ha sugerido más arriba que la única fuente de información indirectamente mencionada, es indígena. Incluso creemos que la insistencia permanente de los españoles en explicar el “fenómeno”, es en cierta medida un intento de “someter” a un marco de verosimilitud europea, lo que parece haber sido un relato autóctono. Como decía Zárate, “hay por aquella costa muchos ríos que corren de día y de noche no traen agua, lo cual causa grande admiración a los que no entienden que aquello procede

<sup>62</sup> Como señalaba una de las “Probanzas” de los compañeros de Almagro: “... dijo queste testigo fue al dicho viage con el dicho adelantado... en el cual se pasaron muy grandes despoblados de a cien leguas y a ciento y quince, y que en todos ellos no había comida ni leña ni yerba en algunos dellos y que de quince a quince leguas había agujajes de muy poca agua en que podrían beber obra de diez hombres con sus caballos e guardaban que manasen los agujajes hasta media noche e bebían por orden e medida el agua hedionda e cenagosa...” (Medina, 1889, T. V: 251-252).

<sup>63</sup> *Op. cit.*, Tomos: V, VII, X, XII, XIV, XV, XXI.

<sup>64</sup> Philippi, 1860; San Román, 1896-1902; Bertrand, 1885.

<sup>65</sup> Nuñez, *op. cit.*: 26.

de que se derrite de día la nieve". Y posteriormente Bibar: "Sécase este río de tal manera y suerte que dicen los indios que mal lo entienden, que se vuelve el agua arriba a la contra de como ha corrido"<sup>66</sup>. El Ancha Llullac es un río que se "devuelve" sobre su curso.

Como se ha sugerido también, el río "Ancha Llullac" nunca fue castellanizado. Los españoles ponían nombres a los lugares que "descubrían". Si el "Río de la Sal" alguna vez se llamó "Suncaemayo", como sostiene Bibar, esta denominación fue rápidamente reemplazada por otra castellana. El "nombrar", se decía más arriba, es un acto fundacional que instaura simbólicamente la presencia de un determinado poder sobre un espacio o territorio. El acto de nombrar era también especialmente relevante en el proceso de expansión incaica. Quizás por este motivo, los "nombres" que llegan a nosotros, y particularmente el de Ancha Llullac, no correspondan a lenguas locales o de regiones vecinas, sino que provengan del quechua.

### *El "Gran Mentiroso" ¿El relato de un "hito" incaico?*

A las versiones que hemos reproducido aquí sobre el río "Mentiroso", se suma otra, que por su particularidad permite una nueva mirada o una lectura diferente del Ancha Llullac. Esta corresponde a la recopilación efectuada por el cosmógrafo y cronista del Consejo de Indias, Juan López de Velasco entre 1571 y 1574, quien reunió gran cantidad de documentación disponible en España sobre la geografía e historia del "Nuevo Mundo"<sup>67</sup>.

Aunque se trata de un texto que pretende ser "hilado" y continuo en su estructura narrativa, una lectura atenta denota que está elaborado a partir de fuentes, documentos o testimonios muy diversos. De hecho, son constantes las diferencias y, a veces contradicciones, respecto a la descripción, ubicación o características de determinadas localidades, regiones o circunscripciones administrativas, lo que manifiesta la diversidad de las fuentes utilizadas. Sin embargo, justamente su carácter de "recopilación" geográfica e histórica permite acceder a "fragmentos" de manuscritos, hoy desaparecidos. Es posible, incluso, identificar ciertos pasajes en que parecen introducirse relatos y categorizaciones que marcan diferencias notables en el texto.

Entre los elementos recurrentes de la recopilación están las delimitaciones de jurisdicciones administrativas que, hasta ese momento, se habían establecido. Respecto a la región que nos interesa, hay dos alusiones particularmente interesantes, que se refieren a un sistema de deslinde previo al español.

<sup>66</sup> Bibar, *op. cit.*; Zárate, *op. cit.*

<sup>67</sup> López de Velasco, J. 1571-1574; En Zaragoza (Ed.), 1894.

Las provincias de Chile, que es lo más apartado y lejos de España en lo descubierto de las indias occidentales, viene a estar entre el meridiano 63º y el de 77º de longitud del meridiano de Toledo, y desde 27º de altura hasta 52º; de manera que de largo norte-sur tendrá como quinientas leguas, que ponen de viaje desde los mojones que los Ingas tenían puestos en medio de Copiapó, por donde se partía y comenzaban estas provincias hasta el Estrecho de Magallanes...<sup>68</sup>

Son escasas las referencias puntuales que conocemos respecto a un posible sistema de amojonamiento incaico de “provincias”, lo que otorga a este fragmento un valor especial. Sin embargo, nos encontramos con otro, que parece más sugerente aún, referido al camino del despoblado de Atacama o camino de “los llanos”:

El otro camino es el que va por los llanos del Pirú... y para entrar en la provincia [de Chile] se pasa un despoblado de más de 100 leguas, sin agua ni yerba, y en el invierno peligroso por la mucha nieve que cae en el camino, el cual está marcado con los huesos y calaveras de los indios que han muerto por seguir a los españoles. *Están en este valle los mojones altos y grandes que dividían las provincias de Chile de las del Pirú en tiempo de los Ingas, y en medio del un arroyo pequeño que se dice Auchillulca, que quiere decir “muy mentiroso”, porque a ciertas horas del día llega el agua dél al camino real del Inga, a causa de que se hiela en su nacimiento y sólo corre cuando hay sol. Pasado este despoblado se juntan en el valle de Copiapó los dos caminos...*<sup>69</sup>

Este fragmento parece “romper” lo que ha sido el “modelo” general para referirse a este lugar<sup>70</sup>. Parecieran operar aquí categorías diferentes a las descritas anteriormente. Por una parte, el río ya no solo constituye un referente “anecdótico” de la ruta, sino que se asocia a un “deslinde” territorial, deslinde establecido en relación al camino (“llega el agua dél al camino real del Inga”). Los “mojones” del inca, a diferencia del fragmento anterior, se ubican en pleno despoblado, pasado el cual, está el valle de Copiapó donde se juntan los caminos de los “Llanos” y de la “Sierra”. Además, hay una notoria contradicción entre este relato y el resto de los que operan en el texto general de la “recopilación”, donde se sostiene reiteradamente que el camino de los “llanos” no es el camino del inca, sino solo aquel que va por la sierra<sup>71</sup>. ¿A quién pertenece esta “versión”?

<sup>68</sup> *Op. cit.*: 513.

<sup>69</sup> *Op. cit.*: 518-519.

<sup>70</sup> El texto, sin embargo, parece estar incompleto por insertar de pronto un “este valle” cuando está describiendo los arenales del desierto.

<sup>71</sup> *Op. cit.*: 402-403, 511-512, 518-519. Esto no es exclusivo de la recopilación de López de Velasco. En general, aquellos cronistas que mencionan el camino del despoblado nunca lo denominan “camino del Inca”. Herrera habla de dos caminos: el de Atacama y el de la sierra. Solo a este último llama camino real (*Op. cit.*: 465. Ver también Maurtua, 1907, T. I: 15-16). Incluso Bibar nunca denomina este camino como “del Inca”.

## El Volcán Mentiroso. Una Huaca Estatal

Por cierto, un punto de partida indispensable para intentar comprender los posibles “significados” que encierran estos relatos, está en la lingüística. Según el diccionario quechua de González Holguín, “*Ancha*” quiere decir “*Muy o Mucho*”, y “*Llulla*”: “*Mentira, engaño*”<sup>72</sup>. Río “Muy Mentiroso”, así lo traducía López de Velasco en el texto arriba citado. Sin embargo, todas las otras referencias lo traducen como “Gran Mentiroso” (incluso Vásquez de Espinoza lo llama ‘Hatun Llulla’, que efectivamente significa Gran Mentiroso). Estas “sutilezas” nos sugieren algunas claves y asociaciones posibles con la toponimia actual.

El volcán más imponente de todo ese territorio, que con sus 6.700 metros de altura es, además, el más alto de Sudamérica, se conoce en la actualidad como “Lullaillaco”, nombre quechua que significa “Agua Mentirosa” o “Aguas Mentirosas”<sup>73</sup>. Ubicado en pleno despoblado, y por cuyas faldas pasa el “Camino del Inca”, el volcán (al igual que el “río Ancha Lullac”) es un hito que se encuentra más al norte de los otros que hemos descrito y situado. El Lullaillaco contiene en su cumbre uno de los llamados “santuarios de altura incaicos” más espectaculares que se conocen, tanto por la magnitud de sus ofrendas y la cantidad de cuerpos allí enterrados, como por la altura en que se encuentran, siendo el entierro incaico y el sitio arqueológico conocido como el más alto del mundo. A distintas alturas se encuentran en él construcciones, centros “ceremoniales” y enterramientos, y se ha podido establecer que, al menos dos caminos incaicos lo recorren y alcanzan su cumbre<sup>74</sup>.

Nos preguntamos, entonces, si lo que hemos estado buscando es realmente un río. Se trata de un “espacio” cognitiva, e incluso topográficamente mucho más significativo, revestido de una importancia ritual y política de envergadura. Incluso, nos preguntamos si el relato indígena del Gran Mentiroso se construyó en torno al o los posibles ríos o vertientes intermitentes que allí se originaban, o más bien aludía al volcán. Como es sabido, los nombres de ríos en quechua se acompañan del sustantivo “mayo” (como parece haber sido el caso del nombre original del “Río de la Sal”). Creemos que en este caso, el “depositario” del nombre, aquél que otorgaba el “sentido” o la “significación” pudo ser, en realidad, esta imponente montaña. Es posible, además, que el “Río Mentiroso” evoque la actividad volcánica de derrame de lava. Bibar, que como creemos, recogió este relato de los indígenas, señala en su descripción algo que pudiera referirse a una eventual o permanente actividad subterránea: “Corre con grande furia y hace mucho ruido a causa del sitio por donde corre”<sup>75</sup>. Por

<sup>72</sup> González Holguín [1608] 1952.

<sup>73</sup> “Lulla” (quechua y aymara) “Mentira, Engaño”; “Yaco” (quechua) “Agua”. Gonzalez Holguín, *op. cit.*; Bertonio [1612] 1984.

<sup>74</sup> Vitry, C. “Lullaillaco: El Volcán...” [www.elruna.com](http://www.elruna.com)

<sup>75</sup> *Op. cit.*: 68.

otra parte, una de las características del Lullaillaco, al menos en la actualidad, es su excepcional carencia total de vertientes de agua permanentes, lo que ha hecho sugerir a algunos investigadores, que la falta de agua pudo ser justamente el origen del nombre "Aguas Mentirosas"<sup>76</sup>.

El volcán Lullaillaco es, sin duda, el hito o el referente más importante de la ruta del despoblado, su presencia "domina" el paisaje<sup>77</sup>. Sin embargo, los relatos españoles no lo particularizan, no lo "nombran", solo aluden a aquella o aquellas "altas sierras" que originarían el "río". El volcán para los españoles, a diferencia de los indígenas, no era relevante. Obviamente su condición de Huaca les fue ocultada por los indígenas, y sin embargo su importancia y su connotación cultural y religiosa se "introdujo" en los propios discursos hispanos, que resignificaron o resemantizaron un relato mítico para ellos desprovisto de sentido. Un relato, sin embargo, que se incorpora a sus propios procesos de construcción y "sacralización" de un espacio también cargado de contenidos religiosos y míticos.

### *Espacios sagrados y amojonamiento*

Si las "provincias" o "territorialidades" estaban deslindadas según reiteran constantemente las fuentes hispanas, ¿en qué consistían estos deslindes? ¿De qué se está hablando cuando se habla de "términos", "mojones", "linderos", etc? ¿Se trata de accidentes geográficos a los que se otorga esa condición? Es conocida la relevancia y veneración que en el mundo andino y entre los incas tenían todos aquellos elementos de la topografía que de alguna manera destacaran en el "paisaje". En las palabras de Polo de Ondegardo, "adoraban" "qualquier cosa de naturaleza que parezca notable y diferenciada de las demás"<sup>78</sup>. Manantiales, ríos, cerros, incluso planicies o "llanos" podían ser objeto de culto. Especialmente en la medida en que constituyeran o estuvieran ubicados en puntos de transición (p. e. "portezuelos") desde un espacio visual a otro (Durstun, *op. cit.*: 87). Es muy probable que estos elementos distintivos del entorno, que adquirirían un carácter sagrado, pudieran operar además como referentes y elementos "ordenadores" o delimitadores del espacio político-social-territorial.

Las quebradas, por ejemplo, parecen haber representado sitios de "ruptura" que, según los relatos de la expansión incaica, como señala Martínez, iban demarcando simbólicamente determinadas "jurisdicciones". Ello está dando cuenta de una conceptualización del espacio particularmente cargada de significados, donde la noción

<sup>76</sup> Vitry, *op. cit.*

<sup>77</sup> Niemeyer y Rivera, *op. cit.*: 110 - 111.

<sup>78</sup> *Op. cit.*: 189.

de límite se va estructurando en torno a estas situaciones de “quiebre” de la continuidad territorial<sup>79</sup>.

Se trata, como propone Martínez, de discursos míticos y simbólicos verbalmente contruidos sobre el espacio político y social. Sin embargo, y sin desmedro de que así sea, el “amojonamiento” parece remitir también a un acto de “intervención” material en el paisaje. Intervención que, por cierto, no pudo haber sido arbitraria con respecto a las categorías andinas de construcción de territorialidades. En los mitos fundacionales del Cuzco, se menciona la instalación de “mojones de piedra” como mojones de “posesión”<sup>80</sup>. Según Betanzos, luego de repartir las tierras a los caciques y principales de las “provincias” comarcas del Cuzco, el Inca les mandó

que pusiesen sus linderos e mojones altos de tal manera hechos que nunca se perdiesen debajo de los cuales mojones y de cada uno dellos mandó que fuese puesta cierta carga de carbón, diciendo que si en algún tiempo se cayese el mojón que por el carbón que allí se hallase se conocerían los linderos de las tales tierras...<sup>81</sup>.

Guamán Poma denomina “sayhuas” a los mojones que los incas ponían para deslindar los territorios. Según los diccionarios quechua y aymara del siglo XVII, “Sayhua” significa “mojón de tierras” o “el montón de piedras puesto por mojón”<sup>82</sup>. De hecho, los deslindes preexistentes, sobre todo aquellos de carácter más local, en la medida en que resultaran funcionales a la administración colonial, fueron mantenidos por las autoridades españolas. En la región de Cochabamba, por ejemplo, ante el conflicto generado por ciertas tierras, los curacas de Tapacarí acudían a la justicia para proteger sus linderos y mojones establecidos desde el tiempo de los incas, lo que había sido ratificado por Toledo:

...y ansi an tenido siempre sus mojones ciertos y señalados y hasta el dia de oy estan en los lugares donde siempre an estado desde el tiempo de los dichos yngas y desde que la visita general el virrey don Francisco de Toledo<sup>83</sup>.

Esto permite suponer que, independientemente de los contextos y contenidos que se hubieran otorgado a estos hitos o demarcaciones, el sistema de amojonamiento incaico era, al menos en ciertos casos, “inteligible” para los españoles, y aunque

<sup>79</sup> Martínez, 1995b: 39-40. El Inca, según Santa Cruz Pachacuti, enviaba a sus capitanes a que construyeran “ushnus” (“que son unas piedras puestas como estrado”) en cada quebrada. “Ushnu”, está asociado con la aplicación de justicia y es a la vez es definido como “mojón”.

<sup>80</sup> Sarmiento, *op. cit.*: 57.

<sup>81</sup> *Op. cit.*: 56.

<sup>82</sup> Guaman Poma, *op. cit.*: 325, 847; Gonzalez Holguín, *op. cit.*; Bertonio, *op. cit.*

<sup>83</sup> En Schram, 1995: 165. Esta región presenta una situación particularmente compleja puesto que se trata de territorios adjudicados por el estado incaico a poblaciones de mitimaes (*Op. cit.*:166).

podiese estar referido a determinados elementos “sacralizados” del paisaje, los españoles no siempre repararon en ello.

### La “Raya de Vilcanota”

Entre los relatos de la expansión territorial como proceso “demarcatorio”, figuran algunos que señalan ciertos detalles distintivos. Según Sarmiento de Gamboa, Topa Inca Yupanqui, fue conquistando hacia el sur, hasta los límites del collasuyo:

*...y llegó al río de Maule, adonde puso sus columnas, o, otros dicen, una muralla por términos y mojones de su conquista.*

Posteriormente, Guayna Cápac, “llegó hasta el río Angasmayo, entre Pasto y Quito, adonde puso los mojones como fin e términos de la tierra que había conquistado, y en los mojones puso ciertas estacas de oro por grandeza y memoria”<sup>84</sup>.

Columnas, estacas, murallas; ¿seguimos hablando en un plano exclusivamente simbólico?

Según Porras Barrenechea, Guayna Cápac, “mandó colocar dos ‘porras de oro y plata’ en la raya de Vilcanota, como reto y defensa mágica contra los Collas”<sup>85</sup>. La laguna o la región de Vilcanota tuvo una inmensa importancia religiosa para los incas. Allí se construyó el hoy llamado templo de Viracocha, y se considera en las fuentes como una región de límite con el Collao. Polo de Ondegardo, refiriéndose a la tradición oral, señala “que no hay memoria bastante quando señorearon por este mismo camino hasta la laguna de Vilcanota, que es adonde empieza el Collao y salen de aquella lagunilla dos poderosos ríos que uno vierte a la mano del Norte y otro a la del Sur, que fue adoratorio de estos naturales, y guaca señalada unyversal y mucho tiempo pasó que los yngas no conquistaron más de hasta allí...”<sup>86</sup>.

Lizárraga, que recorrió a fines del siglo XVI el camino del Collasuyu, describe este lugar como un espacio situado entre dos cordilleras nevadas. Caminando media legua más delante de la laguna,

*...vemos una pared de piedra de mampuesto que corre desde la nieve del un cerro al otro atravesando el camino Real. Esta pared dicen los viejos se hizo por orden y concierto de*

<sup>84</sup> *Op. cit.*: 131, 149.

<sup>85</sup> Porras Barrenechea, “Indagaciones peruanas”. [www.sisbib.Bib.virtual.pe](http://www.sisbib.Bib.virtual.pe)

<sup>86</sup> Polo de Ondegardo, 1916: 50 - 51.

*paz entre los Ingas y los indios del Callao [Collao], los cuales trayendo guerras muy reñidas entre sí, vinieron en este medio: que se hiciese esta pared en el lugar dicho, de un estado de un hombre, no muy ancha, la cual sirviese como de muralla para que ni los Ingas pasasen a conquistar el Collao ni los Collas al Cuzco; rompieron por su mal los Collas las paces y quisieron conquistar a los Ingas, mas los Ingas revolviendo sobre ellos los conquistaron y no pararon hasta Chile. Esta pared se ve el día de hoy descender desde la nieve del un cerro, y atravesando el valle y camino Real sube hasta la nieve del otro*<sup>87</sup>.

Sin pretender, una vez más, desprender de este relato una “verdad histórica”<sup>88</sup>, nos parece sugerente la presencia de este “muro” divisorio. Se ubica de tal manera que une en sus extremos los dos cerros o “cordilleras”, y está trazado perpendicularmente respecto al camino. El muro “atravieza” el Camino del Inca. El Abra donde se encuentra este deslinde es conocida hoy como “La Raya”, y corresponde a la zona del “divortio aquarum” de las hoyas del Amazonas y del lago Titicaca<sup>89</sup>. Se trata de un espacio fuertemente sacralizado y, que a su vez constituía un lugar o un espacio de deslinde territorial. Deslinde que no sólo operaba a nivel del discurso, sino que se materializaba o “redundaba” en una intervención directa sobre la topografía local.

¿Es posible ubicar algún tipo de deslinde en el despoblado de Atacama? Por el momento no estamos en condiciones de asegurarlo. Y, sin embargo, existen algunas referencias que nos parecen de considerable interés. Por lo que daremos rienda suelta a una pequeña dosis de especulación.

### *La construcción del camino en el relato incaico*

Desde Atacama envió el Inca corredores y espías que fuesen por aquel despoblado y descubriesen paso para Chili y notasen las dificultades del camino, para llevarlas prevenidas. *Los descubridores fueron Incas -porque las cosas de tanta importancia no las fiaban aquellos reyes sino de los de su linaje- a los cuales dieron indios de los de Atacama y de los de Tucma... para que los guiasen... Con esta prevención fueron los descubridores, y en su camino pasaron grandes trabajos y dificultades por aquellos desiertos, dejando señales por donde pasaban para no perder el camino cuando volviesen. Y también porque los que los siguiesen supiesen por dónde iban... Con esta diligencia y trabajo horadaron ochenta leguas de despoblado, que hay desde Atacama a Copayapu...*<sup>90</sup>.

<sup>87</sup> Lizárraga 211.

<sup>88</sup> Parece estar construido en base a ciertos moldes o cánones ya reconocidos en otros testimonios sobre la expansión del inca y, que una vez más la justifica, dado que los collas habrían traicionado su compromiso.

<sup>89</sup> Valcárcel, 1964.

Como se ha planteado, el Camino del Inca y su trazado, constituye la materialización de un determinado discurso hegemónico. La práctica incaica de “apropiación” del espacio se expresa en sus propios relatos sobre el proceso de construcción de sus caminos. “Los descubridores fueron Incas”, y su “sello” o sus “señales” distintivas, quedan registradas en la constitución misma de éste. Sus guías (¿los constructores?) fueron los de Atacama y de Tucumán. En la versión de Betanzos, son los de Copayapo los que actúan como intermediarios y facilitadores de la penetración inca hacia Atacama<sup>91</sup>.

¿Quiénes construyeron este camino? Probablemente, distintos grupos sociales o “provincias” participaron en la construcción del camino del despoblado.

...[los “veedores” del Inca] yban por las provincias marcando la tierra y los indios que había de una a otra, a los cuales mandaba que hiziesen los tales caminos: y así se hazían desta manera que una provincia hacía hasta otra a su costa y con sus yndios y en breve tiempo lo dexaban como se lo pintavan... Y si allegavan a los despoblados, los yndios de la tierra dentro que estavan más çircanos venían con vituallas y herramientas a lo hazer...<sup>92</sup>

### *El trazado del camino en el relato arqueológico*

‘El camino del despoblado’ es un camino trazado en línea recta, jalonado por algunos “tambos” o “chasquihasis” y otro tipo de construcciones pequeñas, ubicados en las aguadas y escasos lugares de abastecimiento. Según Miemeyer y Rivera<sup>93</sup>, que prospectaron el camino en 1981, éste se encuentra “señalizado” por “hitos” o “topus” de estructura cilíndrica o tronco piramidal, construidos por superposición de piedras, y destinados a servir de guías o indicadores de la ruta<sup>94</sup>. Estos hitos caracterizan el camino por lo menos desde la localidad de Peine hacia el sur, aunque hay algunos tramos largos con ausencia de ellos. Generalmente se encuentran en pareja, entre los cuales y en forma equidistante pasa el Camino del Inca. Otras veces se trata de hitos solitarios. Aunque sus diámetros y alturas son variables de una pareja a otra, se trata de estructuras homogéneas en su diseño, y poseen, según los autores “una apariencia

<sup>90</sup> Garcilaso, *op. cit.*: 462.

<sup>91</sup> Betanzos, *op. cit.*: 163-164.

<sup>92</sup> Cieza, 1985: 41-42.

<sup>93</sup> *Op. cit.*: 139-143.

<sup>94</sup> En otro trabajo analizaremos y discutiremos esta posición, puesto que consideramos que estas señales o “topus”, efectivamente pudieron haber operado, como relatan las crónicas, como indicadores de distancias.

inconfundible”<sup>95</sup>. Finalmente, “al sur de la mina de Vaquillas, prácticamente desaparecen o están desarmados al punto de no reconocerse”<sup>96</sup>.

Aunque los hitos de la ruta respondían a pautas estandarizadas, en una oportunidad y como un hecho excepcional, la expedición arqueológica se encontró en el llamado “Llano de Vaquillas Altas”, con tres “topus” dispuestos en línea, por medio de dos de los cuales pasaba el camino. Su estructura correspondía al formato establecido y característico, y sus dimensiones, irregulares entre sí, iban desde 1 a 1,80 metros de diámetro de su base, y de altura de 0,80 a 1,10 metros. De acuerdo con la ubicación que los arqueólogos dieron respecto a estas estructuras, situadas en el camino al sur del tambo de “Río Frío” y al norte del “Portezuelo de Vaquillas”, se trataría sin duda de las “pirámides” o “columnas” del despoblado de Atacama, así llamadas en la documentación colonial y republicana.

### *Las “pirámides” o “columnas” del despoblado*

La ruta del despoblado, y dentro de ella, tramos importantes del Camino del Inca continuó siendo utilizada durante el período colonial, aunque la mayoría de los desplazamientos de los españoles desde y hacia Chile se hacía por mar o por el noroeste argentino<sup>97</sup>. Al menos hasta mediados del siglo XVIII, esta ruta fue utilizada por el sistema colonial de correos entre Lima y Chile, a través de “postas” indígenas, pero ya en 1778 estaba prácticamente en desuso “a causa de los muchos obstáculos y dificultades que presenta en su tránsito el grande Despoblado de Atacama”<sup>98</sup>. En el itinerario del sistema de correos, publicado en esa fecha, se detallan los hitos o localidades del trayecto, cuyos nombres en su gran mayoría están castellanizados. La ruta, aunque contiene algunos errores, menciona a partir del sur de Peine, los siguientes hitos: Tilo, Agua de Pajaritos, Guanaquero Grande, Zorras, San Juanito, La Encantada, Aguas Blancas, Río frío, Baquillas, Pasto Cerrado, Puquios, el Chañaral, Copiapó. El documento agrega:

*A las dos, o tres leguas de Riofrio siguiendo para baquillas, se hallan los piramides, que dividen las jurisdicciones del Reyno del Perú, con el de Chile*<sup>99</sup>.

<sup>95</sup> Niemeyer y Rivera, *op. cit.*: 140.

<sup>96</sup> *Op. cit.*: 143.

<sup>97</sup> Lizárraga, *op. cit.*: 524-525; “Reales Ordenanzas...”, 1778: 163.

<sup>98</sup> “Reales Ordenanzas...”, *op. cit.*

<sup>99</sup> *Op. cit.*: 161-162. En realidad, las localidades de San Juanito y La Encantada se encuentran al sur de Vaquillas (Bertrand, *op. cit.*: 288; Philippi, *op. cit.*). Las quebradas de Doña Inés y el río de la Sal, no mencionados en este documento, se ubican entre Pasto Cerrado y el Chañaral.

Esta referencia limítrofe, al parecer la única que se conoce al respecto, entraba en contradicción con otras de la misma época, emanadas desde las autoridades de Potosí, que establecían los límites en el río Salado o en Copiapó<sup>100</sup>. Posteriormente, luego de la independencia republicana, los países involucrados comenzaron un largo proceso de negociaciones y confrontaciones diplomáticas para establecer sus respectivos límites en esta región. Mientras Chile pretendía establecer sus fronteras a la altura de Mejillones, Bolivia incorporó entre otros alegatos el límite establecido por este documento colonial<sup>101</sup>.

En 1853, estas “pirámides” son descritas por Philippi, quien se encontraba en la región oficialmente encomendado por el gobierno chileno:

El camino es casi siempre la antigua ruta del Inca. Después de haber andado como 4 leguas, desde Río Frío, llegamos a las llamadas ‘columnas’, que no son columnas como lo indica el nombre sino montones de piedras de unos diez pies de diámetro y 4 ½ pies de alto. Están poco más poco menos de este a oeste, pero no en una línea exacta. Los dos del medio están a distancia de 37 pasos, y el camino pasa entre ellos, los otros distan 200 pasos de ellos. En las inmediaciones hay muchas pircas evidentemente muy antiguas, que han servido quizás de habitación a los indios que hicieron el camino, y que levantaron estos montones de piedras. Observo espresamente que las columnas no se hallan en el portezuelo, el que se encuentra por lo menos dos leguas más al sur, como he oído decir a muchas personas, ni hay aquí alguna división natural en la naturaleza del terreno<sup>102</sup>.

Varios aspectos destacan en esta descripción. Philippi, que conoce bien pues ha descrito previamente varios tramos del “Camino del Inca”, considera este amojonamiento como indígena y “antiguo”. Agrega que éste no se encuentra en el “portezuelo”, como lugar más convencional para establecer deslindes y que no hay en el terreno nada que indique que ese sería el lugar adecuado para hacerlo. En definitiva, con todo ello está diciendo, ante el argumento jurisdiccional boliviano, que se trata de una demarcación no susceptible de ser reconocida oficialmente. Sin embargo, este detallista y prolijo científico, no menciona cuántas son las pirámides. De su lectura se desprende que, por lo menos, son más de tres.

Poco después, el jurista boliviano J. M. Santibañez, refiriéndose a esta descripción de “las columnas” de Vaquillas, señala airado:

El señor Philippi no nos dice el número de columnas que encontró. De su descripción, solo aparecen cuatro, mientras que nosotros tenemos datos para afirmar que son numerosas i que forman una larga serie que puede perseguirse con la vista

<sup>100</sup> Cañete y Domínguez [1787] 1974. Ver también notas del editor.

<sup>101</sup> Eyzaguirre, 1968; Bertrand, *op. cit.*; Santibañez, 1863.

<sup>102</sup> *Op. cit.*: 39.

*hasta una considerable distancia.* La omisión del Sr. Philippi a este respecto es ciertamente muy extraña: la existencia de las pirámides no pudo dejar de llamar su atención, como se la llamó en efecto (...) i debió haberse tomado el trabajo de seguir las pirámides en la estensión al menos de algunas millas<sup>103</sup>.

Se desprende de este último relato algo que nos resulta familiar. Los mojones que se extienden a una considerable distancia, parecen dibujar una línea perpendicular al camino. El que los arqueólogos hayan encontrado solo tres de estos hitos en 1981, no es de extrañar. Las columnas del Camino del Inca se habían visto involucradas en un lamentable litigio internacional...

¿Corresponden estas columnas o hitos a un sistema de amojonamiento de origen colonial hispano? ¿Por qué, si así fuera, seguirían un “formato” estructural, una lógica y una estética identificada como correspondiente al patrón estatal incaico de construcción de caminos? Si efectivamente se trataba de una demarcación cuzqueña, ¿qué estaba señalando? ¿Existe alguna relación entre este aparente deslinde territorial y el volcán Lullaillaco, ubicado más al norte? Aunque no tenemos los suficientes detalles sobre la disposición topográfica del entorno, recogemos del relato de nuestros viajeros contemporáneos que estos “mojones” se encuentran en un extenso “llano” de altura, “un gran plano” que se eleva poco a poco en dirección norte-sur, hasta el portezuelo de Vaquillas, que ofrece una magnífica vista tanto hacia el norte como hacia el sur. A partir de allí el camino comenzaría a descender por la falda occidental de la cordillera de Domeyko hacia sus quebradas y pequeños valles tributarios. Al parecer, es desde lo alto del “portezuelo” desde donde se divisa, por última vez, el Lullaillaco dominando la región<sup>104</sup>.

### Bibliografía

- Bertrand, Alejandro. “Memoria sobre la exploración a las cordilleras del desierto de Atacama”. *Anuario Hidrográfico de la Marina de Chile*. Año X : 4 - 299, Santiago, 1885.
- Bertonio, Ludovico. *Vocabulario de la lengua aymara*. Ediciones Ceres, Cochabamba, [1612] 1984.
- Betanzos, Juan de. *Suma y Narración de los Incas*. [1557] Ed. Atlas, Madrid, 1987.
- Bibar, J. “Crónica de los reinos de Chile”. Ed. a cargo de A. Barral Gómez, *Historia 16*, Serie crónicas de América, nº 41, Madrid, 1988 [1558].
- Cañete y Domínguez, Pedro Vicente. “Documento Nº2 del Partido de Atacama”. H. Larraín (ed.), en *Norte Grande*, vol. I, Nº2, Universidad Católica de Chile, Santiago, 1974.

<sup>103</sup> Santibañez, *op. cit.*: 27.

<sup>104</sup> Philippi, *op. cit.*; Niemeyer y Rivera, *op. cit.*

- Cieza de León, P. *La crónica del Perú* (Primera parte) [1553]. Biblioteca Peruana, Promoción Editorial Inca, 1973.
- *Crónica del Perú* (Segunda parte) o *Señorío de los Incas*, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 1985
- Cisterna, Patricio. “El enunciado Provincia en el ámbito de la conquista y colonización hispana”. *Revista de Humanidades* 5. Historia, Universidad Nacional Andrés Bello, Santiago, 1999.
- Cobo, Bernabé. “Historia del Nuevo Mundo” [1653], *Biblioteca de autores españoles*, T. 91-92. Eds. Atlas, 2 vols., Madrid, 1964.
- Durston, Alan. “El proceso reduccional en el sur andino: confrontación y síntesis de sistemas espaciales”. *Revista de Historia Indígena* Nº 4, Departamento de Ciencias Históricas, Universidad de Chile, Santiago, 1999-2000.
- Eyzaguirre, Jaime. *Breve historia de las fronteras de Chile*. Editorial Universitaria, Santiago, 1968.
- Garcilaso de la Vega, I. *Comentarios Reales de los Incas*, [1604] Edición, índice analítico y glosario de Carlos Aranibar, Fondo de Cultura Económica, México, 1995.
- Gonzalez Holguín, Diego. *Vocabulario de la lengua de todo el Perú llamada lengua qqichua o del inca*. Universidad Nacional de San Marcos, Lima [1608] 1952.
- Guamán Poma de Ayala, F. *Nueva Crónica y buen Gobierno*. Edición a cargo de J. Murra y R. Adorno, Siglo XXI Editores, México, 1980.
- Herrera, Antonio de. “Descripción de las islas y tierra firme del mar océano que llaman Indias Occidentales”. En *Colección de Historiadores de Chile y documentos relativos a la Historia Nacional*. Tomo XXVII, Fondo Bibliográfico José Toribio Medina, Santiago, 1901.
- Hyslop, J. *Qhapaqñam, el sistema vial incaico*. Instituto Andino de Estudios Arqueológicos, Petróleos del Perú, 1992 [1984].
- Iribarren, J. y H. Bergholz. “El camino del Inca en un sector del Norte Chico”. *Actas del VI Congreso de Arqueología Chilena. Boletín de Prehistoria. Número especial*, 1972-73, Santiago, Chile.
- Lizárraga, Fray Reginaldo de. “Descripción breve de toda la tierra del Perú, Tucumán, Río de la Plata y Chile” [1607]. *Nueva Biblioteca de Autores Españoles*, Nº 15 v. II, Madrid, 1909. También edición virtual de la misma obra: “Descripción Colonial (Libros I y II), en [www.cervantesvirtual.com](http://www.cervantesvirtual.com)
- López de Gómara. *Historia General de Indias*. Colección de Historiadores de Chile y documentos relativos a la Historia nacional. Tomo XXVII, Fondo Bibliográfico José Toribio Medina, Santiago, 1901.
- López de Velasco, Juan. “Geografía y descripción universal de las Indias recopiladas por el cosmógrafo-cronista desde el año 1571 al 1575”. Publicada por primera vez en el *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*, con adiciones e ilustraciones por D. Justo Zaragoza, Madrid, 1894.
- Lobera, Pedro Mariño de. *Crónica del Reino de Chile*. Colección de Historiadores de Chile y Documentos relativos a la Historia Nacional; tomo VI, Santiago, 1867.

- Martínez, J. L.. "Textos y palabras. Cuatro documentos del siglo XVI". *Estudios Atacameños* 10, San Pedro de Atacama, 1992.
- " 'Pública voz y fama': una aproximación a los espacios discursivos coloniales en el siglo XVI". *Revista Chilena de Humanidades* Nº 16, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, Santiago, 1995.
- "Entre plumas y colores. Aproximaciones a una mirada cuzqueña sobre la puna salada". *Memoria Americana* 4, Buenos Aires, 1995b.
- Maurtua, Victor (Ed.). *Juicio de Límites entre Perú y Bolivia. Contestación al alegato de Bolivia*. (7 Vols.). Imprenta, Litografía y encuadernación de G. Kraft, Bs. Aires, 1907.
- Medina, J. T. *Colección de documentos inéditos para la historia de Chile desde el viaje de Magallanes hasta la batalla de Maipú*. 1888-1902 (30 volúmenes).
- Murra, John. *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*. I.E.P, Lima, 1975.
- Murúa, Martín de. *Historia General del Perú* [1613] Manuel Ballesteros (Ed.), Historia 16, Madrid, 1987.
- Niemeyer, H. y M. Rivera. "El camino del Inca en el Despoblado de Atacama", *Boletín de Prehistoria de Chile* 9, Santiago, 1983.
- Nuñez, P. "El camino del Inca". *Creces* 10 (2), Santiago, 1981.
- Orellana, M. "La crónica de Bibar y la conquista de Chile". *Excerpta* Nº 6, Santiago, 1996.
- Oviedo y Valdés, Gonzalo Fernández de. *Historia General y natural de las Indias, islas y tierra firme del mar oceano* [1550]. Colección de Historiadores de Chile y documentos relativos a la Historia Nacional. Tomo XXVII, Fondo Bibliográfico José Toribio Medina, Santiago, 1901.
- Philippi, R. A. *Viaje al desierto de Atacama hecho en orden del gobierno de Chile en el verano de 1853-54*. Librería de Eduardo Anton, Halle, Sajonia, 1860.
- Polo de Ondegardo, J. *Informaciones acerca de la Religión y Gobierno de los Incas por el Licenciado Polo de Ondegardo (1571). Seguidas de las Instrucciones de los Concilios de Lima*. Notas biográficas y concordancias de los textos por Horacio H. Urteaga. Imprenta y Librería San Martí y Ca., Lima, 1916.
- Porras Barrenechea, L. "Indagaciones Peruanas. El legado quechua. Oro y leyenda del Perú." Edición virtual: [www.sisbib.unmsm.edu.pe](http://www.sisbib.unmsm.edu.pe)
- Reales Ordenanzas Instrucciones y Reglamentos apropiados para el gobierno y manejo de la Renta de Estafetas, Correos y postas del Reyno del Perú y Chile, *Madrid*, 1778.
- Sanhueza, Cecilia. Informe de Avance, área de investigación etnohistórica, Ms. Proyecto Fondecyt Nº 1010327: "Arqueología del sistema vial de los Inkas en el Alto Loa, II región". Marzo, 2002.
- San Román, Francisco. *Desierto y cordilleras de Atacama* (3 vols.). Santiago, 1896-1902.
- Santo Tomás, Domingo de. *Lexicon*, Edición Facsimilar. Instituto de Historia, Universidad Nacional de San Marcos, Lima, 1951.
- Santa Cruz Pachacuti, Juan de. "Relación de antigüedades deste reyno del Pirú". *Tres Relaciones de Antigüedades Peruanas*. Ministerio de Fomento, Madrid, [1613] 1879.

- Santibañez, J. M. *Bolivia y Chile. Cuestión de límites*. Cochabamba, Imprenta del Siglo, 1863.
- Sarmiento de Gamboa, Pedro. *Historia de los Incas*. Colección Hórreo, Emecé Editores, Bs. Aires, 1942.
- Schramm, Raimund. "Fronteras y territorialidad. Repartición étnica y política colonizadora en los Charcas (Valles de Ayopaya y Mizque)". *Espacio, Etnías, Frontera. Ateñuaciones Políticas en el Sur del Tawantinsuyu. Siglos XV-XVIII*. Ediciones ASUR, Sucre, 1995
- Valcárcel, L. E. *Historia del Perú Antiguo, a través de la fuente escrita (Siglos XVI, XVII y XVIII)*. Lima, 1964.
- Vásquez de Espinoza, A. *Compendio y descripción de las Indias Occidentales*, Smithsonian Institution, Washington, 1948 [1630].
- Vitry, Ch. "Lulllaillaco: el volcán sagrado de los Incas". Edición virtual. [www.elruna.com](http://www.elruna.com)
- Zárate, Agustín de. "Descubrimiento y conquista del Perú". *Colección de Historiadores de Chile y documentos relativos a la Historia nacional*. Tomo XXVII, Fondo Bibliográfico José Toribio Medina, Santiago, 1901.

